

Introducción

Las profecías de la Biblia son como diamantes raros que yacen ocultos en la soledad de la mina. El ojo experimentado del prospector descubre las gemas, e intuitivamente lee su valor; y la mano hábil del lapidario resalta sus muchas facetas de belleza en toda su gloria resplandeciente. Cada faceta brilla como el sol. Uno no puede agotar un diamante; tampoco puede agotar las profecías. Nuevas facetas quedan por pulir, para añadir su brillante reflejo al conjunto. En las profecías, aparecen tantas características como diferentes temperamentos aportan los hombres a su estudio.

La profecía de Daniel no es una excepción. Este libro tiene lecciones para todas las clases. Debido a que la magnitud del campo de su visión es ilimitada en extensión, puede ser estudiada desde puntos de vista que ningún hombre puede numerar. El historiador se deleita con sus registros. El cronologista se complace en calcular sus períodos. El amante del Mesías se regocija en la contemplación de los tiempos y eventos que llevaron a Su primera venida, y demostraron Su Mesianidad; y el amigo de Dios rastrea con placer los movimientos providenciales por los cuales el curso de los eventos ha sido controlado, y los hombres han sido puestos y derribados, justo según han sido instrumentos en la mano de Dios para llevar a cabo Sus diseños y propósitos benéficos.

Hay lecciones en estos aspectos para aquellos que se interesan en tales temas; pero por encima, y más grandes que todas, están las lecciones que se pueden extraer del carácter de Daniel —su integridad, su devoción al deber y su firmeza al adherirse a principios verdaderos, frente al mayor peligro aparente, y en oposición a los dictados de la política mundana. Estos principios brillan con un lustre inmarcesible a lo largo de toda su carrera, y han animado, consolado y fortalecido a los siervos de Dios en todas las épocas.

Mucho se ha escrito sobre el libro de Daniel, y mucho más podría escribirse, mientras los principios de la verdad divina y los nobles ejemplos de adhesión a ellos formen temas de estudio interesantes y provechosos. En la presente obra, se

han extraído especialmente lecciones de esta última fuente. Estos serán temas maravillosos para el estudio, y muchas reflexiones notables se presentan sobre estos puntos en las siguientes páginas. Son lecciones que pueden ser grabadas en el corazón con el beneficio más satisfactorio y duradero. Quien desee dominar la filosofía de una vida cristiana aceptable, y los medios y métodos por los cuales se puede mantener una conexión cercana con Dios, no puede encontrar un libro de texto más competente que el que se proporciona en el registro de las experiencias del profeta Daniel. ¿Desea adquirir un sentido vívido del cuidado de Dios por Su pueblo, y Su constante recuerdo de ellos, y los sencillos medios de los que se vale para lograr Sus fines? Encontrará el tema **plenamente** explotado en la profecía de Daniel.

El ejemplo es un factor poderoso en la promoción de la vida cristiana. «**Sed imitadores de mí, como también yo de Cristo**» (1 Corintios 11:1), dice Pablo. Él exhorta a Timoteo a ser un «**ejemplo de los creyentes**» (1 Timoteo 4:12). ¿Qué estándar más alto se puede elevar para alcanzar, que el que se muestra en la relación de Daniel con Dios? Porque de él se dice que fue un «*hombre muy amado*». Tal fue el enfático testimonio dado por Dios a través del ángel Gabriel a Daniel, viniendo como vino inmediatamente de la corte del cielo y de la presencia de Dios.

La ocasión en que estas palabras fueron pronunciadas por primera vez, muestra qué relación mantenía el hombre así interpelado con Dios, y Dios con él. Fue cuando el profeta, agobiado por la ansiedad respecto a una visión anterior que no había entendido, apeló a Dios en busca de ayuda. Había estado buscando al Señor, mediante ferviente oración, para conocer su significado. Un ángel había sido estrictamente instruido para hacer que Daniel entendiera todo el asunto. Y ahora, cuando el ángel vino a completar su misión, y hacer que el profeta entendiera la visión, lo cual se le había impedido debido a la enfermedad de Daniel de hacerlo completamente en su entrevista anterior (Daniel 8:27), dice: «**Oh Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus súplicas salió la palabra, y yo he venido para**

enseñártela, porque eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y comprende la visión» (Daniel 9:22, 23). El ángel afirma que una razón, quizás la razón principal, por la que había venido a darle sabiduría y entendimiento, era que él era un hombre «*muy amado*».

Piensa en las circunstancias de este caso. Dios estaba impartiendo verdad para dar a conocer al mundo lo que había de venir después. Estaba utilizando a uno de Sus siervos para este propósito. El proceso fue interrumpido temporalmente. Pero Daniel había fijado su corazón en comprender todo lo que Dios *había de revelar*; y elevó su petición a la única fuente de donde podía venir la ayuda. Ahora, observa la respuesta traída desde el trono del universo, por la mano de un poderoso ángel: «*Al principio de tus súplicas, salió la palabra*». El mandamiento al que se hacía referencia era el mandamiento, o instrucción, para Gabriel, de descender a la tierra, a este siervo del Señor, y despejar todas las dudas e incertidumbres en su mente con respecto a la verdad que lo tenía perplejo.

¿Alguien levantará ahora la pregunta: **¿Escucha el Señor la oración? ¿Está atento a las necesidades de Su pueblo?** En vista de esta narración, ¿cómo podemos albergar el más mínimo vestigio de duda? Tan pronto como la oración de Daniel comienza a ascender al trono, la instrucción sale de Dios a Gabriel, para que descienda a la tierra y complete su misión con el profeta. Con celeridad obedece. Y el profeta dice de él, «*volando con gran presteza*». Desde el principio de la oración de Daniel, según se registra en Daniel 9, hasta el punto de la oración cuando Gabriel apareció en escena (versículo 20), no pudieron haber transcurrido más de tres minutos y medio, a la velocidad normal del habla. En este breve espacio de tiempo, la oración del profeta ascendió al cielo, fue escuchada, se tomó una decisión y llegó la respuesta. No hay dilación en el cielo. El primer susurro de necesidad del hijo de Dios se posa instantáneamente sobre el trono. La orden de responder es dada, y el mensajero que regresa está de inmediato al lado del profeta, con la respuesta de consuelo y gozo. Ningún «transporte rápido» terrenal puede igualar esto. ¡Qué vislumbre nos da esto de

los ***apuestos interiores*** del mundo celestial! ¡Qué vista de la *telegrafía divina* allí empleada, y esperando la orden de la corte! ¡Qué seguridad, aliento y consuelo deben impartir estos grandes hechos a cada siervo verdadero y confiado en la viña del Señor!

En esta historia de Daniel, no solo se presenta un incidente así, sino que toda una serie de ellos se entrelaza en este tapiz de verdad. Comienzan con Daniel como primer ministro en la corte del reino de Babilonia —Babilonia, la ciudad de renombre, revestida de tal magnificencia que la inspiración ha considerado oportuno describirla como la cabeza de oro en la gran imagen representativa del mundo. Daniel 2. El Señor, por medio del profeta, ha llamado a Babilonia «**gloria de los reinos, hermosura y orgullo de los caldeos**» (Isaías 13:19). En esa ciudad había belleza, gloria y excelencia combinadas en las formas más sorprendentes y prolíficas.

Imagina un espacio (debemos imaginarlo; porque tal lugar no existía antes, y no ha existido desde entonces); — imagina este espacio que contiene doscientas veinticinco millas cuadradas, situado en una llanura fértil, trabajado por un cultivo experto hasta la soberbia producción de árboles y arbustos ornamentales; flores fragantes y frutos sustanciosos, hasta que el todo se convirtió en un verdadero paraíso, como el jardín del Señor; imagina este espacio trazado en un cuadrado perfecto, regado por el magnífico Éufrates, y rodeado por una muralla de ochenta y siete pies de espesor y trescientos cincuenta pies de altura, quince millas de longitud en cada lado, y el gran cuadrado de toda el área de la ciudad, subdividido en cuadrados más pequeños por veinticinco calles que corren desde cada lado de la ciudad, paralelas a las murallas opuestas, y en ángulo recto entre sí, y adornado con palacios, pórticos, columnas, columnatas, torres, monumentos y jardines colgantes, provisto de todo lo que el arte podía embellecer o el dinero y el trabajo producir, para hacer un lugar agradable a la vista, al tacto y a todos los sentidos corporales.

Tal era Babilonia, brillando bajo la luz del sol sirio, y abanicada por las brisas más suaves que jamás soplaron, cuando Daniel entró para servir el largo período

de setenta años en cautiverio. Pero él fue un cautivo solo para el poder político. Sirvió al Señor y fue espiritualmente libre. Desde este punto, a través de toda la experiencia personal del profeta, y a través de las escenas abiertas a su mente por el espíritu de profecía, la narrativa divina transcurre. Estas escenas y experiencias están entrelazadas en este libro en un todo conectado, y las lecciones espirituales y prácticas que se pueden extraer de ellas cuelgan como estandartes de luz a lo largo del camino.

Nadie puede levantarse del estudio de las profecías sin que la convicción quede profundamente grabada en su corazón de que el fin del camino cristiano recompensa con creces todo el esfuerzo y el trabajo del viaje celestial. Las palabras del himno expresan bien este sentimiento:—p. 11, .

«Entonces esperemos; no es en vano; aunque humedecido por nuestro dolor, el suelo; la cosecha nos trae alegría por el dolor; el descanso recompensa el cansado esfuerzo. Porque cosecharán los que siembran con lágrimas, rica alegría por los años eternos».

Después de su largo servicio y todos sus agotadores cuidados, la palabra para Daniel fue, *«Descansarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días»*. El resultado del servicio cristiano de los discípulos en los últimos días se expresa de manera similar por el apóstol Juan: **«Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen»** (Apocalipsis 14:13). A Daniel, *«Ve tú hasta el fin; y descansarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días»*. A Juan: **«Ciertamente vengo pronto»**; y **«mi galardón conmigo, para dar a cada uno según sea su obra»** (Apocalipsis 22:20, 21). El descanso sigue al trabajo; y el fin vendrá. Entonces sigue el resto de la promesa: **«Y te levantarás para recibir tu heredad»**. El descanso es ininterrumpido, y la heredad es segura.

¿Cuál es la heredad en la que Daniel y todos los de carácter similar estarán finalmente? ¿Quién puede describirla? ¿Quién puede concebirla? Debe abarcar la

condición y todas las circunstancias del pueblo de Dios, gloriosamente redimido. Y en referencia a esto, Pablo pronuncia las siguientes palabras vivas: «**Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman**» (1 Corintios 2:9). Es decir, el vuelo más audaz de la imaginación, la concepción más intensa de las glorias invisibles del mundo celestial, nunca han formado, y no pueden formar, en la mente humana ninguna idea tangible de lo que Dios ha preparado y tiene guardado para Su pueblo. «**Pero Dios**», continúa el apóstol, «**nos las reveló a nosotros por el Espíritu**». Sí, el Espíritu ha revelado estas cosas a aquellos que están llenos de ese Espíritu y han recibido el Espíritu Santo.

Nos complace dar, a modo de introducción, esta palabra de elogio a este libro, que tiene nuevas fases para cada lector serio y de espíritu espiritual; y que nunca envejece.

U. S. Battle Creek, Mich., Abril, 1901.

